

englobados los impresores, los encuadernadores y los vendedores ambulantes de libros. En aquel tiempo fué ruidosamente condenado un libro de Helvetius, titulado *L'esprit* (*El espíritu*) y publicado en 1758. Helvetius, ex arrendador general, protector generoso de los filósofos y de los literatos, había reunido en cuatro disertaciones las opiniones frecuentemente expuestas en su presencia por sus amigos materialistas y ateos. Su libro había sido publicado con privilegio del rey, y quizás sin que el censor encargado de examinarlo lo hubiese leído; pero la Sorbona lo condenó, el Consejo del rey revocó el privilegio, el Parlamento dió un decreto mandando que la obra fuese quemada y el papa fulminó un breve. Helvetius se retractó y luego fué á vivir en Prusia y en las cortes alemanas.

Ahora bien, el abogado general Omer Joly de Fleury había denunciado, en sus requisitorias contra los libros, los progresos de las malas doctrinas que amenazaban el orden social tanto como á la religión y que se propagaban á todas las partes del Estado «con la rapidez de una enfermedad contagiosa,» y señalado la existencia de una especie de asociación de los Filósofos que obedecían á una consigna y obraban conforme á planes acordados. El Parlamento instituyó una comisión de teólogos y abogados encargada de examinar la Enciclopedia, y un decreto del Consejo suspendió nuevamente la publicación de ésta en 8 de marzo de 1759.

Aquella publicación constituía entonces un gran negocio en el que había comprometido más de un millón; cuatro mil suscriptores habían anticipado ciento catorce libras cada uno, y Diderot tenía preparada una colección de más de tres mil láminas. Los interesados reclamaron y los ministros dejaron subsistente el privilegio en cuanto á los tomos de láminas, como si éstos tuvieran algún valor sin el texto que debían ilustrar.

D'Alembert, cansado de las persecuciones, habíase retirado á pesar de las súplicas de Diderot, quien tomó sobre sí el compromiso de terminar la obra; y gracias á la protección de la señora de Pompadour, de Choiseul y de Malesherbes, la Enciclopedia se concluyó. El gobierno fingió ignorar que se imprimiera en París una obra por él prohibida, y en 1765 y 1772 respectivamente se publicaron el último tomo del texto y el último de las láminas.

Aquella inmensa empresa que enriqueció á tres ó cuatro libreros, dejó en la miseria á su obrero principal, Diderot, el cual escribía en 1769: «¿No es muy extraño que yo haya trabajado durante treinta años para los asociados de la Enciclopedia, que mi vida se haya consumido, que á ellos les queden dos millones y que yo no tenga un sueldo? Si les oís á ellos, aun ha sido para mí sobrada fortuna el haber vivido.» Pero á lo menos tuvo el mérito de haber dirigido y terminado la obra que resumía los conocimientos de su siglo y de haber agrupado en torno suyo un gran partido. En el extranjero era tan admirado como en Francia, y Catalina de Rusia lo llamó á su lado. La Enciclopedia no fué bastante para la actividad de Diderot; una parte considerable de su obra no se publicó hasta después de su muerte y su fama aumentó con los libros póstumos que revelaron toda la variedad y toda la profundidad de su genio y entre los cuales hay novelas como *Le neveu de Rameau* (*El sobrino de Rameau*), los *Salons* (*Salones*),

en donde creó la crítica de arte, y varios ensayos como el *Supplement au voyage de Bougainville* (*Suplemento al viaje de Bougainville*) y *Le rêve de d'Alembert* (*El sueño de d'Alembert*), escrito en 1769, en que su filosofía de la naturaleza encuentra las hipótesis que más adelante guiaron la ciencia: la unidad de todas las fuerzas (gravedad, elasticidad, atracción, electricidad) y hasta el transformismo.

II. — El patriarca de Ferney

Después del fracaso de sus ambiciones científicas, Voltaire había vuelto á consagrarse á las letras y á la filosofía censoradora á las que debía su celebridad. En 1741 había hecho representar en Lila *Mahomet ou le Fanatisme* (*Mahoma ó el Fanatismo*); Mahoma era «Tartufe con las armas en la mano» que inventaba una religión para sojuzgar á los hombres hasta conseguir de ellos el crimen. Mas como abrigaba ciertas miras y aspiraba á honores políticos, abstuvo durante algunos años de provocar escándalo con obras demasiado atrevidas, y habiendo alcanzado, por mediación de Richelieu, el favor de la señora de Chateauroux, fué una especie de diplomático y estuvo primero en La Haya, con la misión de enemistar á los Estados generales con el rey de Prusia, y luego en Potsdam para inducir á Federico á reanudar la guerra contra el Austria. Muerta la señora de Chateauroux, halla una protectora más abnegada aún en la señora de Pompadour que lo presentó en la corte; entonces escribe una comedia-baile, *La princesse de Navarre* (*La princesa de Navarra*) y algunos poemas oficiales, como *La bataille de Fontenoi* (*La batalla de Fontenoi*), compone el *Temple de la Gloire* (*Templo de la Gloria*), y llega á ser historiógrafo del rey, gentilhombre de cámara y miembro de la Academia Francesa, en 1746, y de las academias de Roma, de San Petersburgo, de Cortona y de Florencia. Aparentemente está en el pináculo del favor; pero no agrada á Luis XV, quien no se fía «de aquellas gentes.» Amenazado siempre, presintiendo el peligro, retirase al palacio del rey Estanislao en Luneville, para regresar á poco á París hasta que muerta la señora de Chatelet, que falleció en 1749, cede á las instancias de Federico II, con quien está desde hace trece años en correspondencia y unido por un sentimiento de admiración recíproca, y resuelve irse á Prusia, aunque sin llevar, con harto disgusto, la más insignificante misión diplomática. Acaso el gobierno hubiera estado hábil atrayéndose mediante gracias y honores que tan ávidamente deseaba, porque Voltaire, una vez desengañado, recobraba poco á poco su libertad de polemista y escribía sus primeros cuentos satíricos *Le monde comme il va* (*El mundo tal como va*) y *Zadig* (1747).

El 10 de julio de 1750 llegó á Potsdam, recibió las insignias de chambelán del rey de Prusia y se sintió de momento entusiasmado:

«¡Ciento cincuenta mil soldados victoriosos, nada de procuradores, ópera, comedia, filosofía, poesía, un héroe filósofo y poeta, grandeza y gracias, granaderos y musas, trompetas y violines, banquete de Platón, sociedad y libertad! ¿Quién lo creería?»

Pero aunque sabía dar á la adulación una forma exquisita, su carácter era demasiado vivo y demasiado

indiscreto para hacer de él un buen cortesano; además, tenía «la pasión de la intriga y de la cábala.» Publicó la *Diatribes du docteur Akakia* (*Diatriba del doctor Akakia*) contra Maupertuis que presidía la Academia de Berlín, con lo cual irritó á Federico que mandó quemar aquel libelo; los dos «amigos» riñeron y Voltaire partió, ó más bien se fugó de aquella corte en 1753.

Durante su estancia en Prusia, había terminado, en 1751, el *Siècle de Louis XIV* (*Siglo de Luis XIV*) y empezado el *Abregé de l'Histoire Universelle* (*Compendio de la Historia Universal*), conocido más adelante con el título de *Essai sur les Mœurs* (*Ensayo sobre las costumbres*).

Para el *Siglo de Luis XIV*, utilizó Voltaire el recuerdo de sus relaciones con los sobrevivientes del gran reinado, y leyó cuantos documentos pudo procurarse, por ejemplo memorias inéditas como las de Saint-Simón y de Luis XIV. Relata primeramente la historia política y militar del reinado y luego las anécdotas sobre el rey y sobre la corte; siguen después algunos capítulos sobre el gobierno interior, el comercio, la industria y la hacienda, y sobre las ciencias, las letras y las artes que, en su concepto, hacen del siglo de aquel monarca uno de los cuatro grandes siglos de la civilización. Al final, en los capítulos dedicados á los asuntos eclesiásticos, insinúa que, aun en las épocas más brillantes del pensamiento, la razón tiene siempre algunos progresos que realizar sobre el fanatismo. El orden analítico que Voltaire prefirió al cronológico no deja de ofrecer algunos inconvenientes, pero revela francamente el propósito del historiador filósofo que no escribe «simplemente los anales del reinado,» «sino más bien la historia del espíritu humano tomada en el siglo para éste más glorioso.»

El *Essai sur l'histoire générale et sur les mœurs et l'esprit des nations depuis Charlemagne jusqu'à nos jours* (*Ensayo sobre la historia general y sobre las costumbres y el espíritu de las naciones desde Carlomagno hasta nuestros días*), que se publicó en 1756 y al que se agregó posteriormente una Introducción sobre los pueblos de la antigüedad, es una obra de vulgarización en la que tienen su sitio todos los pueblos y no solamente los de Europa. De este modo Voltaire inauguró la historia universal y enciclopédica.

En presencia de aquel caos de hombres y de hechos, declara absurdo el concepto de la Providencia tal como lo presenta Bossuet, siendo, en opinión suya, el azar el señor de los acontecimientos y determinando las causas más nimias la suerte de los imperios. Pero también los grandes hombres obran poderosamente en la historia y gracias á este poder cabe creer en un progreso del bienestar y de la razón entre los hombres. Voltaire encuentra en el *Ensayo*, en donde consumió mucha inteligencia, innumerables pretextos para filosofar volterianamente; al mismo tiempo que se indigna de las torpezas y de los crímenes del pasado, multiplica las alusiones al presente. Por esto estimó prudente desautorizar ante notarios la primera edición del *Ensayo*.

A su regreso de Prusia, no atreviéndose á aventurarse en Francia, anduvo más de un año errante por Alsacia y por Lorena. Sentía la necesidad de asegurarse un asilo: «Es menester, decía, que los filósofos tengan tres ó cuatro agujeros bajo tierra para librarse de los perros que los acosan.» Al fin se estableció en Suiza, com-

prando cerca de Ginebra, en 1755, una propiedad que denominó las *Delicias*; mas como su conducta ofendiera la fe y la austeridad ginebrinas, el «Magnífico Consejo» del pequeño Estado le invitó á suprimir el teatro privado en donde representaba tragedias. Entonces adquirió en Francia las heredades de Tournay y de Ferney, inmediatas á la frontera, que podía pasar á la más pequeña alarma.

A partir de 1760, residió generalmente en el castillo de Ferney, rodeado de un personal numeroso de servidores y secretarios; su sobrina, la señora de Desús, «mujer de baja estatura, gorda..., fea y buena, que gritaba, decidía, politiqueaba y disparataba,» pero con muy pocas pretensiones y que adoraba y divertía á su tío, ayudábale á recibir á los visitantes y á los huéspedes, pues la gloria de Voltaire habíale seguido en su retiro, en donde se sucedían los parisienses de nota y los extranjeros de paso en Suiza, como el príncipe de Brunswick, el landgrave de Hesse, el príncipe de Ligne, italianos, rusos y sobre todo ingleses.

En 1760 cumple setenta años; en su rostro, recortado por una ancha peluca, las prominencias de su nariz y de su barba sobresalen de una manera excesiva; sus ojos conservan su brillo y su sonrisa expresa el hábito de la burla: «Es verdad—ha dicho él mismo—que me sonrío mucho y maliciosamente; pero esto hace bien y sostiene al hombre en su vejez.» Lleva una chupa de bombasí, larga hasta las rodillas, medias y zapatos de color gris de hierro; los domingos pónese á veces una casaca de doradillo, una chupa con galón de oro y vueltas de encajes hasta la punta de los dedos, «porque con esto—dice—se tiene el aspecto noble.» Por lo demás, tenía la vanidad de hacer el señor. Ha conservado su actividad maravillosa y, diciendo siempre que se muere, trabaja diez y ocho y veinte horas diarias.

«No tengo esa rigidez de espíritu de los viejos—escribía en 1759;—soy flexible como una anguila y vivo como un lagarto y trabajo siempre como una ardilla. Así que me hacen notar una tontería, pongo otra en su lugar.»

Voltaire sigue representando y escribiendo tragedias: *Olimpia*, *El Triunvirato*, *Los Güebros*, *Las leyes de Minos*; pero también se ocupa de problemas económicos, repara carreteras, traza caminos nuevos, instala talleres de relojería y vende sus productos en Constantinopla y en los territorios berberiscos. Fabrica seda y regala un par de medias á la duquesa de Choiseul.

«Mis gusanos de seda—dice—las han fabricado en mi casa; son las primeras medias hechas en este país. Dignaos, señora, ponérselas una sola vez; enseñad luego vuestras piernas á quien queráis y si los que las ven no confiesan que mi seda es más fuerte y más hermosa que la de Provenza y de Italia, renuncio á mi oficio. Dádselas después á una de vuestras mujeres, que le durarán un año.»

Establece una yeguada y pide un caballo padre de raza al marqués de Voyer, intendente de las caballerizas del rey.

«Mi serrallo está dispuesto, señor; sólo me falta el sultán que me habéis prometido. Se ha escrito tanto sobre la población, que quiero, por lo menos, poblar la comarca de Gex de caballos, en vista de que ya no puedo tener el honor de propagar mi especie.»

Concibe planos de admirables granjas modelos; desarrolla la prosperidad de la aldea de Ferney por medio de la agricultura y de la industria, cual corresponde á un buen señor, entiende más que nadie en colocación de dinero, ama la riqueza y se hace rico.

Pero está al corriente de la vida de París; desde Ferney excita á los Enciclopedistas á combatir la superstición, á la que denomina «la Infame,» y se entrega con ardor á la filosofía puesto que ha llegado á ser el gran negocio de su tiempo. Sus ideas no son en modo alguno originales ni se ordenan en sistema; adversario de todas las religiones, á las que injustamente confunde en un mismo desprecio superficial y grosero y cuyos nacimiento y poder atribuye únicamente á la bellaquería de los sacerdotes y á la imbecilidad de los pueblos, profesa la religión «natural» y se mantiene firmemente deísta. Cree en un dios remunerador y vengador que impone á los pueblos una moral; en el origen, es Dios quien ha puesto en el corazón del hombre «el instinto que nos hace sentir la justicia» y que es la «ley natural,» universal y fija como la razón. Esta ley aparece poco á poco en las conciencias y acabará por triunfar de las preocupaciones y de los vicios. Voltaire, en el fondo, es optimista y práctico; cierto que su novela de *Cándido*, publicada en 1758, es un manifiesto de ironía contra el optimismo de Leibniz y contra el triste desorden que subsiste en la marcha del universo; pero el consejo que da al final de la misma, «de cultivar su jardín» y no preocuparse de lo demás, él no lo siguió. Su pesimismo no es una opinión metafísica, pues opiniones de esta clase tenía las menos posibles; el sentimiento que la debilidad humana le inspiraba no excluía la confianza en la vida.

«Os he dado brazos para cultivar la tierra (dice la Naturaleza á los hombres) y una pequeña claridad de razón para que os dirijáis; he puesto en vuestros corazones un germen de compasión para que os ayudéis unos á otros á soportar la vida. No ahoguéis este germen, no lo corrompáis, sabed que es divino y no substituyáis á la voz de la naturaleza los miserables pensamientos de la escuela.»

A menudo se eleva, como, por otra parte, la mayoría de los filósofos de aquella época, al tono religioso, y aun parece que quiere fundar una iglesia nueva cuya religión será la verdad.

«Dios bendice nuestra iglesia naciente, dice un día; las escamas caen de los ojos y el reinado de la verdad está cercano.»

En política desea numerosas reformas: el impuesto proporcional y sin privilegios, la supresión de los derechos feudales, la libertad individual, la educación del pueblo, la abolición de la servidumbre, la abolición de la venalidad de los cargos de justicia, la supresión de la tortura, el divorcio, etc.; pero no construyó un sistema político como no construyó un sistema filosófico, y así como se mantuvo deísta continuó también siendo conservador. Para un gran territorio, el mejor gobierno es, en su concepto, una monarquía moderada; pero le parece buena la monarquía, tal como existe en Francia, si respeta las leyes.

Voltaire no pidió la separación de la Iglesia del Estado, sino que deseaba que el catolicismo fuese «reducido» á la condición del anglicanismo en Inglaterra, es

decir, que fuese una religión dominante, pero no la religión exclusiva. «Es menester, decía, que al fin sea lícito á cada cual rogar á Dios á su manera, como lo es que cada cual coma á su gusto;» y negaba que un hombre tuviese el derecho de decir á otro: «Cree lo que yo creo y lo que tú no quieres creer, ó morirás.» Todo filósofo debía trabajar, «en la medida de sus fuerzas,» para conquistar la tolerancia.

Trabajó más que nadie contra la Iglesia. Polemista y periodista habilísimo, él mismo organizaba su propaganda: su dependiente Thieriot aprestábase á visitar á aquellos cuyo celo hay que excitar ó cuyo apoyo ha de conquistarse; Damilaville, oficial primero de las vigésimas, hace circular por toda Francia, con el sello del contralor general, la correspondencia y los libelos de los Filósofos y, desde 1760 á 1768, apenas se pasa día sin que Voltaire envíe á Damilaville algún billete.

Ha encontrado la táctica que debe seguirse: nada de obras voluminosas, decía; solamente folletos que se lanzan como las flechas de un carcax sin que nadie sepa de donde parten. Un folleto pronto es leído y corre de comarca en comarca permaneciendo invisible para la policía. Nada de metafísica: «Es á la vez más seguro y más agradable echar el ridículo y el horror sobre las contiendas teológicas.» Y pone en ridículo la Historia Sagrada, el paraíso terrenal, la serpiente, las amables hijas de Loth y el arca de Noé. Sus escritos más ruidosos fueron el *Sermon des cinquante* (*Sermón de los cincuenta*), y el *Extrait des sentiments de Jean Meslier, curé d'Etrépiigny* (*Resumen de los sentimientos de Juan Meslier, párroco de Etrépiigny*).

A partir de 1760 circularon copias del sermón, que, al decir de Bier, era una obra espantosa.

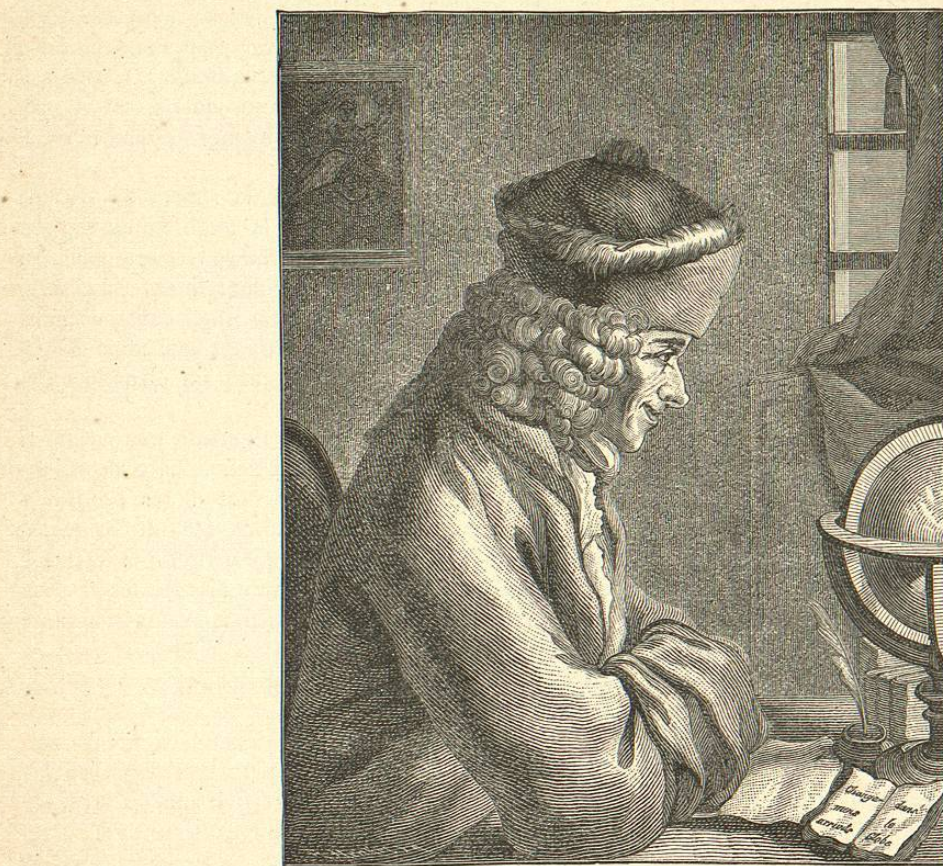
«Supónese... que se celebra en Ginebra una reunión de cincuenta literatos, quienes por turno pronuncian discursos, y que éste es el del Sr. Voltaire... Los dos primeros puntos son una crítica terrible del Antiguo Testamento para demostrar la falsedad y la impiedad de éste; y el tercero es lo mismo respecto del Nuevo Testamento. Si el autor fuese conocido, no se le haría emprender más viaje que á la plaza de Grevé para ser en ella quemado.»

El padre Meslier, sacerdote champañés, de costumbres austuras y bondadoso para los pobres, había escrito un libro para pedir perdón á sus feligreses por haberles engañado toda su vida predicándoles el catecismo, libro en el cual negaba, además, la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, condenaba al gobierno monárquico y defendía el comunismo. Voltaire, que conocía aquel libro desde hacía treinta años, juzgábalo largo, pesado y lleno de opiniones detestables, no obstante lo cual pensó que de él podría sacar «un excelente catecismo de Belcebú;» y, en efecto, de allí sacó toda clase de argumentos contra la antigua ley, la doctrina cristiana y los milagros. Los Filósofos declararon que el evangelio de Meslier convertiría un día á la tierra y d'Alembert propuso el siguiente epitafio para la tumba del párroco:

«Aquí yace un sacerdote honradísimo, cura de aldea, en Champaña, quien, al morir, pidió á Dios perdón por haber sido cristiano, demostrando con ello que noventa y nueve borregos y un champañés no hacen cien animales.»

Voltaire multiplicó sus «flechas» sin agotar nunca su «carcax.» Haciendo burla y riéndose maliciosamente, no temió repetirse. Publicó las *Questions de Zapata traduites par le sieur Tamponet* (*Cuestiones de Zapata, traducidas por el señor Tamponet*); la *Canonisation de Saint-Cucufin, frère d'Ascoli, et son apparition au sieur Aveline, bourgeois de Troyes, mise en lumière par le sieur Aveline lui-même* (*Canonización de San Cucufin, hermano de Ascoli, y su aparición al señor Aveline, ciudadano*

de Troyes, relatada por el propio señor Aveline); cuentos en prosa, como *L'ingenu* (*El ingenuo*), *La princesse de Babylone* (*La princesa de Babilonia*); cuentos en verso, como *Trois Empereurs de Chine en Sorbonne* (*Tres emperadores de China en la Sorbona*); diálogos, homilias y más y más tragedias. Al mismo tiempo escribió un *Traité sur la tolérance* (*Tratado sobre la tolerancia*) y un *Dictionnaire philosophique* (*Diccionario filosófico*) en ocho tomos, al que siguió un *Dictionnaire portatif* (*Diccionario manual*). El *Diccionario* es una obra de polémica, como casi todos libros de Voltaire, en el que andan mezcladas las anécdotas picarescas y las disertaciones serias; en él puso Voltaire su erudición adquirida merced á una lectura inmensa, pero sujeta á muchos errores, con los cuales llenaron varias colecciones sus adversarios Nonotte y el padre Guenee.



Voltaire. Dibujado en el año 1764 por Danzel en su palacio de Ferney

de Troyes, relatada por el propio señor Aveline); cuentos en prosa, como *L'ingenu* (*El ingenuo*), *La princesse de Babylone* (*La princesa de Babilonia*); cuentos en verso, como *Trois Empereurs de Chine en Sorbonne* (*Tres emperadores de China en la Sorbona*); diálogos, homilias y más y más tragedias. Al mismo tiempo escribió un *Traité sur la tolérance* (*Tratado sobre la tolerancia*) y un *Dictionnaire philosophique* (*Diccionario filosófico*) en ocho tomos, al que siguió un *Dictionnaire portatif* (*Diccionario manual*). El *Diccionario* es una obra de polémica, como casi todos libros de Voltaire, en el que andan mezcladas las anécdotas picarescas y las disertaciones serias; en él puso Voltaire su erudición adquirida merced á una lectura inmensa, pero sujeta á muchos errores, con los cuales llenaron varias colecciones sus adversarios Nonotte y el padre Guenee.

De esta suerte, y contra lo que hacía esperar la primera mitad de su vida, el «patriarca de Ferney» había llegado á ser poco á poco el jefe de los Filósofos por sus cualidades, por su prodigiosa actividad, por la brillantez de su ingenio, por el don de explicar y vulgarizar

de los que le atribuían. En una ocasión, él mismo avisó al «Magnífico Consejo» de Ginebra que el librero Rey, de Amsterdam, expedía un lote de diccionarios filosóficos y de otros libros perniciosos que él repudiaba de antemano; y se dice que en el entretanto otro librero recibía un lote más importante. Además, se procuraba el amparo de protectores ilustres, como Richelieu, Bernis y Choiseul. Pero los vendedores ambulantes y los lectores de sus obras prohibidas no siempre se substraían á la justicia y aun él mismo tuvo dos ó tres veces zozobras que llegaron al enloquecimiento: en 1755, cuando se publicó en Basilea una edición de su *Doncella*, poema feo é insoportable; en 1764, después del suplicio del caballero de la Barre, en cuya hoguera quemó el verdugo el *Diccionario filosófico*; y en 1765, cuando la *Asamblea del Clero* quemó en globo los escritos de los Filósofos.

El filósofo redobló sus precauciones: reconstruyó la iglesia de Ferney, fué á misa todos los domingos, en 1768 celebró la Pascua comulgando y pronunciando un breve sermón, comunión escandalosa que indignó al

obispo de Annecy hasta el punto de elevar una queja al rey, y al siguiente fingió hallarse moribundo, confesó y comulgó é hizo certificar por notario aquella manifestación de piedad. D'Argensón escribióle cierto día: «Señor, haced como yo; sed jesuíta;» pero Voltaire no necesitaba aquel consejo, pues sin el menor escrúpulo representaba tan ruines comedias.

Su más segura defensa estaba en la opinión pública. Su popularidad aumentaba, á lo que había contribuído su hermosa conducta en los procesos de Calás y de Sirvén, cuya historia veremos más adelante, y parecía estar á cubierto de todos los peligros. En 1770, el abogado general Seguier, en un pedimento que causó gran sensación, confesaba y deploraba la victoria de la filosofía:

«Los Filósofos, decía, se han constituido en preceptores del género humano. Libertad de pensamiento, éste es mi grito, y este grito se deja oír de un extremo á otro del mundo. Su objeto era imprimir otro curso á los espíritus en punto á las instituciones civiles y religiosas, y la revolución, por decirlo así, se ha operado.»

En aquel mismo año la señora de Necker abría una subscripción para erigir una estatua á Voltaire; algunos años después Voltaire volverá á París y será allí recibido en triunfo.

III.—Rousseau

Sin embargo, un hombre que no se parecía á Voltaire, que no se asemejaba á nadie, un hombre enteramente aparte, que tenía una fe, unas pasiones, unos ensueños propios, que era poeta, orador y retórico, disputaba al patriarca de Ferney la gloria de reinar sobre las almas.

Juan Jacobo Rousseau nació en Ginebra en 28 de junio de 1712, y sus padres fueron un relojero sin fortuna, Isaac Rousseau, y Susana Bernard, hija de un pastor protestante. Su madre murió al darle á luz y su padre le educó de una manera extraña; cuando Juan Jacobo no tenía aún más que siete años, leía con él novelas, cuya lectura les enternecía noches enteras. Declamó las anécdotas heroicas de Plutarco, creyóse ser un griego ó un romano y se enamoró de la libertad; su temperamento, precozmente despertado, conturbó su imaginación, que era muy grande, y su sensualidad consumíase en soñaciones, en necias audacias y en prácticas vergonzosas.

Isaac Rousseau, obligado á abandonar Ginebra, confió al pastor Lambercier á su hijo, quien entró de aprendiz primero en casa de un escribano y luego en el taller de un grabador, maestros que le hicieron sentir horror por ambas profesiones. Como no tenía familia ni dinero que emplear, siguió los impulsos de su fantasía y á la edad de diez y seis años huyó de Ginebra, provisto de una carta de recomendación que un cura bondadoso le dió para una joven dama de Annecy, la señora de Warens, protestante convertida al catolicismo. Tenía ésta veintiocho años cuando se conocieron, «un rostro amasado de gracias, hermosos ojos azules llenos de dulzura, una tez deslumbradora, y cabellos cenicientos, á los cuales imprimía cierto descuido que la hacía agraciada en extremo;» ocupábase de política y buscaba la fortuna en empresas que habían de llevarla á la ruina. Rousseau la amó como á una «mamá» encantadora y, por com-

placerla, abjuró, como había ella abjurado, del protestantismo.

De momento no se estableció cerca de ella, sino que vagabundeaba; pero volvía al buen hogar, en donde ella, además de hospitalidad, dábale lecciones de modales, de moral y de música, para luego alejarse de nuevo en busca de aventuras. Fué lacayo, robó una cinta preciosa y acusó del latrocinio á una criada inocente; trabó amistad con personajes extraños, entre ellos un prestidigitador y un archimandrita, fué profesor de música y adoptó un seudónimo sonoro. Viajaba continuamente, casi siempre á pie, y en 1732 llegó hasta París. Dichoso en medio de la naturaleza, acostumbrado á la vida pobre, salvado de sus apuros, cuando quería, por su protectora, vivía fuera de las condiciones habituales de la existencia.

Cuando tuvo veintidós años, la señora de Warens brindóse á ser su amante y él la tomó sin deseo, con gratitud y como por necesidad; luego vino el amor, pero Rousseau aceptó sin reparo el compartir aquella amante singular con el jardinero Claudio Anet, cuyas virtudes estimaba, y así se estableció entre los tres, como él mismo ha dicho, «una sociedad acaso sin ejemplo en la tierra.»

La señora de Warens había alquilado una casita en la campiña de Chambéry que se denominaba las «Charmettes;» allí pasó Juan Jacobo, entre flores, bosques y paisajes claros, dos años deliciosos, durante los cuales leyó mucho, con el ansia de aprenderlo todo, meditó y soñó. Pero de regreso de un viaje á Montpellier, al verse substituído por otro amante, apartóse de la señora de Warens y después de haber intentado ser preceptor en Lyon, tarea que desempeñó muy mal, regresó en 1741 á París para probar fortuna.

Había inventado un método de anotación de la música por medio de cifras, pero la Academia de Ciencias juzgó el sistema impracticable. Un jesuíta lo presentó á varias ilustres damas que le hicieron nombrar secretario del embajador de Francia en Venecia; mas no tardó en reñir con su jefe y regresó á París sin un céntimo. Compuso una ópera, *Las Musas*, que hizo representar en 1744 el asentista general La Popeliniere, y en casa de éste, como en la de la señora de Epinay, esposa separada de otro asentista general, trabó conocimiento con los Filósofos, en particular con Diderot y Duclós.

Vivía con una criada fea é ignorante, Teresa Le Vasseur, de quien tuvo cinco hijos, á todos los cuales abandonó á la Inclusa, odiosa acción que cometió sin escrúpulos, á fuer de hombre acostumbrado, en su juventud errante y pobre, á utilizar los establecimientos de caridad pública. Pagándose de palabras, decía que destinaba á sus hijos á «que fuesen obreros ó labriegos, más bien que aventureros ó merodeadores de fortuna,» y hacíase creer á sí mismo que se portaba como ciudadano de la República de Platón.

Rousseau no gustaba de la vida mundana; era pueblo y quería seguir siendo pueblo; pero se presentaba de buen grado en sociedad, orgulloso de ser en ella admitido y de hacer en ella un papel original por su menosprecio de las formas sociales y de las modas. Era de baja estatura y tez morena y unos ojos llenos de fuego animaban su fisonomía; sin ser guapo, su rostro interesaba. La intimidación cortábale á menudo la palabra y

violentaba sus ademanes. Con las mujeres era «cumplimentero sin ser cortés, ó sin aparentar serlo,» y se mostraba orgulloso y melancólico, atrayéndose cuando menos su curiosidad; con los hombres, impulsos de su conciencia rompían su silencio, y cuando sus amigos le contradecían, lo que á veces hacían expresamente para excitarle, su conversación, generalmente muy común, volvíase «sublime ó loca.»

Por lo demás, comprendía perfectamente que su extravagancia podía ser un medio de triunfar, y cuidadosamente se compuso un personaje:

«Comencé mi reforma por mi aderezo, dejando los dorados y las medias blancas, poniéndome una peluca redonda, ciñendo la espada y vendiendo mi reloj... Mi cuarto estaba constantemente lleno de personas que, bajo distintos pretextos me robaban el tiempo; las mujeres apelaban á mil astucias para tenerme á comer, y cuanto mayor era mi brusquedad con la gente tanto más ésta se obstinaba. Muy pronto habría sido menester enseñarme como Polichinela, á tanto por persona.»

Juan Jacobo detestaba la uniformidad de costumbres que la moda establecía en Francia, y así como los demás Filósofos ensalzaban la política, la ciencia, la tolerancia de los ingleses, él admiraba su carácter y sobre todo su independencia moral: «Los ingleses... han conservado con su libertad el privilegio de ser cada uno en particular tal como la naturaleza le ha hecho;» y estimaba sus maneras rudas y sus instintos republieanos: «Es la única nación de hombres, decía, que queda entre los varios rebaños de que la tierra está cubierta.»

Aquel protestante de Ginebra tenía indudablemente afinidades morales con los protestantes de Inglaterra, y esta predisposición íntima hallábase fortalecida por sus aficiones que le aproximaban al idealismo inglés. Creía en la unidad del bien y de lo bello y concebía «hermosas mañanas» en que compañías brillantes y virtuosas descansan en paisajes risueños. De las *Estaciones*, de Thomson, gustábase el amor á la naturaleza; del *Ensayo sobre el hombre*, de Pope, el elogio de la pasión, y del *Robinson Crusoe*, de Daniel de Foé, sacó algunas de sus teorías sobre la educación.

El hombre natural, el hombre primitivo, parecíale el ser ideal y el regreso á la vida primitiva la condición de la dicha de la humanidad. Antes que él, los misioneros jesuitas del Paraguay habían escrito *Cartas* en las cuales oponían las virtudes de sus catecúmenos á los vicios de los civilizados, y propagado en Europa prejuicios sobre la superioridad del hombre salvaje. Tiempo hacía, por otra parte, que algunos utopistas imaginaban un estado de naturaleza, á fin de criticar, por comparación, á la sociedad de su tiempo, y los historiadores, describiendo con colores demasiado bellos las ciudades antiguas, fomentaban la admiración y la añoranza de las épocas pasadas. De aquí que no pareciese absurda la idea de Rousseau, quien, sin embargo, ni afirmaba que el estado natural hubiese existido nunca en toda su pureza, ni proponía como ejemplo las costumbres de los salvajes. La idea «de que la naturaleza hace al hombre dichoso y bueno, pero la sociedad le deprava y vuelve miserable,» convenía á un espíritu moral y novelesco. Rousseau sufría de su propia corrupción y, no queriendo buscar el origen de ello en su corazón, hallaba su explicación en su paradoja; mas no

creía en la posibilidad de volver al estado primitivo:

«La naturaleza humana — ha dicho en sus *Diálogos* — no vuelve hacia atrás y nunca se remonta á los tiempos de inocencia y de igualdad quien de ellos se ha alejado; este es otro de los principios en las cuales él (Rousseau) ha insistido más. Su objeto, pues, no podía ser restituir los pueblos numerosos ni los grandes Estados á su simplicidad primera, sino solamente detener, si era posible, el progreso de aquellos á quienes su pequeñez y su situación han preservado de una marcha tan rápida hacia la perfección de la sociedad y hacia las deterioraciones de la especie. Algunos se han obstinado en acusarle de querer destruir las ciencias, las artes, los teatros, las academias y hundir de nuevo el universo en su primera barbarie, cuando, por el contrario, ha insistido en la conservación de las instituciones existentes; afirmando que su destrucción no haría más que suprimir los paliativos dejando los vicios y substituir el bandolerismo á la corrupción.»

Tal es la teoría que imagina para conciliar sus sueños de una edad de oro y sus recriminaciones de solitario que conoce mal lo que debe á la sociedad, con su buen sentido que le aparta de los trastornos y de las revoluciones.

El punto de vista en que se coloca Rousseau en sus obras es singular; pero ha tenido buen cuidado de explicarlo á sus lectores. No se preocupa por descubrir la verdad, sino que simplemente expone ideas, dejando al público ilustrado el cuidado de sacar de ellas todo el provecho posible. A propósito del estado natural escribe en el *Discurso sobre la desigualdad*:

«No hay que tomar como verdades históricas las investigaciones en que puede entrarse sobre esta materia, sino sólo como razonamientos hipotéticos y condicionales más propios para aclarar la naturaleza de las cosas que para mostrar el verdadero origen de ellas.»

A las objeciones que pudieran hacersele sobre lo atrevido de sus ideas impracticables, contestó en estos términos:

«Proponed lo que es factible, se me dice sin cesar, es como si me dijeran: Proponed que se haga lo que se hace, ó, por lo menos, proponed algún bien que se alie con el mal existente.»

Reivindicaba el derecho de escribir sus ideas tales como se le ocurrían:

«Yo digo exactamente lo que pasa en mi espíritu.»

No se dejaba engañar por sus utopías, pero no hacía la crítica de las mismas; desgraciadamente la mayoría de sus contemporáneos tampoco setomaron este trabajo.

Su primer gran triunfo fué un *Discours sur les sciences et les arts* (*Discurso sobre las ciencias y las artes*), que publicó en 1750 para contestar á la pregunta que la Academia de Dijón había formulado en un concurso: «El progreso de las ciencias y de las artes ¿ha contribuído á corromper ó á depurar las costumbres?» Rousseau se declaró naturalmente contrario á las artes y á las ciencias y sostuvo que, nacidas de la superstición, de la curiosidad, de la mentira, han mantenido los vicios y los han multiplicado; que han creado el lujo y dividido la sociedad en ociosos y en pobres y, en fin, que toda la civilización es corruptora:

«El lujo mantiene á cien pobres en nuestras ciudades y hace perecer cien mil en nuestros campos, y el dinero